

## *El luminoso reino de la Verdad*

1. El evangelio de san Mateo consigna que, cuando murió Cristo, cuando entregó su espíritu al Padre eterno en lo alto de la Cruz, *las tinieblas invadieron la superficie de la tierra*<sup>1</sup>. Era una forma en que la creación visible expresaba su dolor por la muerte del Señor. Un símbolo dramático y luctuoso de lo que también sucede en el mundo cuando la incredulidad, la impiedad y el materialismo expulsan a Jesucristo ya sea de la vida individual o social.

Sin Dios, sin la luz salvadora de Cristo, las tinieblas lo invaden todo. San Pablo lo expresa con especial agudeza en la epístola a los Gálatas, al contrastar las obras de la carne (de las tinieblas), con las del Espíritu (las de la luz). Las primeras son lujuria, idolatría, hechicería, pleitos, iras, envidias... Mientras que las segundas son caridad, benignidad, gozo, paz...<sup>2</sup> *En otro tiempo –nos dice también- ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por tanto, como hijos de luz*<sup>3</sup>.

2. Es eso lo que nos propone la gran solemnidad de Cristo Rey con la que la liturgia cierra su ciclo anual. Una firme invitación a abrimos a la luz salvadora de la Verdad que Cristo ha traído al mundo. Acabamos de escuchar en el diálogo que mantuvo con Pilato en el tremendo momento de su juicio ante la autoridad romana: *Tú lo has dicho. Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad*<sup>4</sup>.

El Hijo de Dios se encarnó para fundar un reino de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz, pero un reino sobre todo *de verdad*<sup>5</sup>. Vino a este mundo oscurecido por el pecado a encender una luz de esperanza y de alegría. Y a nosotros nos corresponde que esa luz siga brillando en las tinieblas. Es muy duro leer en el prólogo al evangelio de san Juan que *la luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron (...). Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*<sup>6</sup>.

3. En la historia de la salvación el enfrentamiento entre luz y tinieblas, entre trigo y cizaña, entre amor y odio, se mantiene hasta el día de hoy. Con los matices propios de nuestro tiempo, también entre nosotros observamos preocupantes iniciativas humanas encaminadas a borrar la señalización cristiana de la sociedad. Y, en la medida de nuestras posibilidades, tenemos que trabajar para contrarrestar esas tendencias.

Desde luego, el punto de partida, es dejar que Cristo reine en nuestros propios corazones. Dejarlo entrar en nuestras vidas. *Si pretendemos que Cristo reine* –predicaba

---

<sup>1</sup> Mateo 27, 45.

<sup>2</sup> Cfr. Gálatas 5, 19-23.

<sup>3</sup> Efesios 5, 8.

<sup>4</sup> Evangelio, Juan 18, 37.

<sup>5</sup> Cfr. Misal Romano, prefacio de la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo.

<sup>6</sup> Juan 1, 5. 11.

san Josemaría- *hemos de ser coherentes: comenzar por entregarle nuestro corazón. Si no lo hiciésemos, hablar del reinado de Cristo sería vocerío sin sustancia cristiana*<sup>7</sup>.

4. La fiesta de Cristo Rey, como ustedes saben, tiene hondas y conmovedoras resonancias en la historia de la Iglesia Católica en México. En las primeras décadas del siglo pasado, cuando se promulgaron unas leyes gravemente persecutorias de la libertad religiosa en nuestro país, muchos hombres y mujeres valientes entregaron su vida por la noble causa del reinado de Cristo. Para aquellos hermanos nuestros, vivir su fe, no era una cuestión de rechazo social, o de incompreensión en el trabajo o de una posible burla, como nos puede ocurrir hoy en día a nosotros. Lo que se jugaban era la propia vida. Y muchos la entregaron con generosidad abrazando el martirio.

Y, ¿nosotros? Ante el grave deterioro de la verdad en la convivencia diaria, ¿queremos ser parte del problema o parte de la solución? Un pequeño propósito: *aborrecer la mentira*. Empeñarnos, tenazmente, en decir siempre la verdad, aunque alguna vez tengamos que sufrir por ello. Así la verdad salvadora de Cristo brillará con toda su belleza en nuestras vidas.

Volvamos al prólogo de san Juan insistiendo en que cuando Cristo vino al mundo algunos no lo recibieron, pero no olvidemos que *a todos los que lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios*<sup>8</sup>.

Que nos ilusione ser portadores de esa luz para llevar a las personas que amamos al gozo y la paz que solo Dios puede dar. Pongamos, a los pies de Santa María de Guadalupe, Reina de México, este buen propósito.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 25 de noviembre de 2018.

---

<sup>7</sup> SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 181.

<sup>8</sup> *Juan* 1, 12.